

POR QUÉ FRACASAN LOS PAISES



TRIBUNA

Joan Buades

► Director de Bufete Buades

Meses atrás, un amigo ilustrado me preguntó si había leído el libro de Daron Acemoglu y James A. Robinson titulado *Por qué fracasan los países*. Mi respuesta fue negativa, añadiendo que desconocía la obra, lo que le produjo perplejidad y extrañeza. En sucesivas ocasiones que coincidimos me preguntaba si ya había leído el libro, lo que me obligaba a articular nuevas evasivas.

En una de las puntuales visitas a la librería de turno, me interesé por la obra y al oírla comprobé que se trataba de un "ladrillo" de unas 600 páginas, de tipografía menuda, claramente incompatible para quienes, contra nuestra voluntad, tenemos escaso tiempo para leer y aún menos agudeza visual; la consecuencia fue inmediata al concluir "en otra ocasión", dejando el libro en el estante. En ese rápido ojeo, comprobé que en los créditos del libro se incluían encendidos elogios de una decena de premios Nobel de economía y una linajada relación de gurús de la ciencia económica. Pasados unos días, recibí un ejemplar del libro, regalo de mi buen amigo, inquiriéndome para que lo leyera a fin de comentarlo. "Ya no tengo excusas", me dije.

Aprovechando los días de asueto que brinda la pasión y la Pascua, provisto de potentes gafas y tiempo por delante, he leído el libro y decidido escribir estas líneas a fin de realizar algunas reflexiones al socaire del mismo. Anticipo que si los autores me hubieran pedido mi parecer, les hubiera sugerido que, además del extenso tratado, escribieran una versión reducida, con no más de 250 páginas, de tipografía generosa, pensada en amateurs como yo debido a que la profundidad analítica del trabajo evidencia que va dirigida a profesionales del ramo.

► **De entrada, Acemoglu y Robinson** desactivan consabidos argumentos utilizados, con sordina y reiteración, para justificar la desigualdad entre los países, concretamente los factores geográficos o climáticos (norte-sur, frío-calor, etc.), los de índole cultural (la ética del trabajo, la cultura del esfuerzo, el credo religioso, las tesis de Max Weber, etc.), o aquellos que se refieren a la hipótesis de la ignorancia como justificación insuperable. No es que no tengan relevancia, que por supuesto la tienen, sino que no son definitorias o determinantes. Comparto ese análisis que permite afirmar que ser habitante del trópico, o culturalmente latino y no hanseático, no es un estigma indeleble que nos condiciona sin remedio.

El análisis realmente brillante, y que más me han hecho reflexionar, es el relativo a la importancia de las Instituciones (nótese la mayúscula del vocablo) tanto las políticas, en el sentido más amplio del término, o sea las referidas a la "clase dirigente", y las de marcado carácter económico y especialmente el magnífico análisis diferencial entre aquellas que califican de extractivas o, por contraposición, las inclusivas. No me veo con capacidad para sintetizar en unos párrafos conceptos que han precisado de un extenso trabajo, cuya lectura aconsejo.

Y quiero anticipar que desde hace tiempo soy un descreído, un escéptico, que observo la realidad cotidiana y no doy crédito; un ciudadano que asume resignadamente la "carga de las instituciones" o el "dogal de vivir en sociedad". Hete ahí que

Acemoglu y Robinson ahondan en la cuestión, mostrando que esa incredulidad no debe proyectarse sobre las Instituciones sino sobre quienes las gestionan o las agencian. Ese análisis me ha vivificado ya que siempre he sido un firme defensor del Estado, entendido no como el poder de unos sino como aglutinador de sinergias positivas y creativas de quienes viven en una sociedad que desean se desarrolle libre y responsablemente. En otras palabras, y sin caer en la nostalgia, el llamado "espíritu de la Transición" o los principios de la tolerancia exigente y reivindicativa.

Definitivamente, las Instituciones no solo son importantes sino que son determinantes para el devenir de un país (si bien me sumo a aquellos que creen que debemos revisar urgentemente "cuantas", "cuales" y "para qué"). Lo que debe preocuparnos, y ocuparnos, es quien las explota y qué intereses subyacen en su modo de proceder. Lamento decir que la principal rémora que en la actualidad afecta a las Instituciones son quienes las agencian y especialmente los partidos políticos. El propio concepto de "tomar partido", tan importante en tiempos pretéritos y tan caduco en la actualidad, nos libera de mayor comentario; los partidos políticos mantienen una insufrible gresca que ni se comprende ni se comparte. Es indigerible el razonamiento de que el adversario lo hace todo mal, con simultánea llamada a la ciudadanía (mejor dicho a los votantes) para que plante a ese político y se sume a la leva dirigida a ocupar su lugar. ¿Acaso ese oponente es un auténtico y absoluto incompetente?, ¿Realmente fracasa en todo?, ¿Por qué cuando se produce el cambio de partido la realidad apenas varía? La ciudadanía está harta de descalificaciones, promesas incumplidas y contiendas cainitas; los ciudadanos desean que las Instituciones, que son mucho más trascendentes que los partidos y sus puntuales intereses, sean inclusivas, que aporten, sumen, generen prosperidad y que ésta se reparta de manera aceptable y aceptada. Decisiones tan sensatas y sencillas como establecer listas abiertas, la elección directa de los cargos relevantes (alcalde, presidente), revisión del sistema electoral, etc., acompañado de la huida de superestructuras partidistas, es reivindicación permanente, sin respuesta.

En definitiva, y siguiendo el discurso de Acemoglu y Robinson, una sociedad potente, estructurada, madura, creativa y con un bagaje histórico relevante, exige que quienes estén al frente de las Instituciones, ya sean políticas, ya económicas, sean conscientes de la exigencia de la ciudadanía y tengan la consabida "altura de miras". Mientras ello no suceda, lamentablemente, el círculo vicioso que crean las Instituciones extractivas, y lo son por estar gobernadas por agentes miopes no porqué conceptualmente lo sean, únicamente fomentarán el fracaso como país, el desencuentro entre sus ciudadanos y situaciones en las que, habiendo vivido lo vivido, jamás creíamos que nos veríamos envueltos de nuevo.

► **No abandonemos, por descreimiento** o escepticismo, las instituciones ya que en ello va nuestro futuro y el de quienes nos pueden pedir cuentas, las generaciones venideras; seamos firmes en exigir más gobernanza, más transparencia, más servicio a la ciudadanía, en definitiva más comportamientos inclusivos.

Agradezco al docto y jacobino amigo su insistencia en que leyera a Acemoglu y Robinson, animo a hacerlo a quienes me atiendan y retomo, con satisfacción, mi creencia en las Instituciones (siempre en mayúsculas) como motor de la prosperidad no sólo económica sino convivencial; eso sí, con mandatarios que muestren comportamientos inclusivos y olvido de los tics extractivos, exigencia que se torna innegociable.

Confesión muy, muy personal

► Al Atlético le ha pasado en la vida de todo, riesgo de desaparición incluido (a la caída de Gil), y los lamentos han superado a los gozos, pero esto mismo hace del equipo un superviviente, y eso merece respeto. Sin ser un devoto del fútbol, y llevando mucho sin pisar estadio, yo he tenido siempre un equipo titular, el Sporting de Gijón, y otro suplente nacional, que ha ido variando. He sido bastante del Real, y rompí carné virtual cuando echaron a Del Bosque. Nunca he sido del Barça, que siempre me ha parecido algo cursi, ni del Athletic, por no serlo nada e ir de macho. He estado siempre con el Betis y el Rayo, por su coraje. Del Atlético de Madrid me hice cuando fichó a Villa, pero me daré de baja si se la dan a él, aunque gane la Champions. El Guaje me ha parecido siempre lo más sano del fútbol, y ahora cruzo los dedos para que le renueven, pues tanto cambio de camiseta me agota.

En corto Pedro de Silva



EL PRISMA

DE SANTY

Fitch sube la nota a España



www.santygutierrez.com Abril 2014

Santy Gutiérrez, página oficial

GUERRA BLANDA



Camilo José Cela Conde

Rusia, Ucrania, Estados Unidos y la Unión Europea alcanzaron el día 17 de este mismo mes —hace un par de semanas— un acuerdo en la ciudad suiza de Ginebra para desarmar a los grupos separatistas del territorio ucraniano más eslavo, conceder una amnistía a los alborotadores de la guerra civil en ciernes y promover la creación de un Estado federal. Como sabían todos los participantes en la conferencia, se tardó menos de un suspiro en violar los compromisos; quizá en buena parte porque los principales responsables de mantenerlos, los separatistas prorrusos de Ucrania, ni siquiera participaron en el encuentro de Ginebra. De hecho, quiénes son sus representantes —sus líderes, al menos— supone un misterio. Así que las declaraciones del secretario de Estado de Washington tras lo de Ginebra asegurando que Ucrania iba a comenzar un proceso de reforma constitucional, inclusivo, transparente y claro capaz de abrir el diálogo con toda la población y de tomar en cuenta las aspiraciones de todos los ciudadanos del país, eran pura retórica.

► **Mientras nos adentramos por** la pendiente resbaladiza que lleva al conflicto armado en Ucrania, lo que se llama una guerra civil con o sin el cruce de los blindados rusos de la frontera —que igual ni siquiera es necesario— se ha dado paso ya a otro tipo de guerra a la que podríamos llamar blanda porque se dirime no con tanques, bombas y balas sino con

La sanción más severa que han impuesto los Estados Unidos y la Unión Europea a Rusia consiste en retirar los visados a la corte del zar Putin

declaraciones oficiales. Al margen de las de siempre, que consisten en echarle la culpa al otro de lo que está sucediendo —del incumplimiento de los acuerdos de Ginebra, que no duraron ni un solo día— la guerra blanda se adentra de momento por el territorio de las amenazas inútiles. La sanción más severa que han impuesto los Estados Unidos y la Unión Europea a Rusia consiste en retirar los visados a la corte del zar Putin aunque no al propio presidente. Ir más allá, con Europa entera dependiendo del gas ruso, parece una simple utopía. Pero lo más ridículo de la guerra blanda es que ni siquiera se sabe de qué armas podría servirse. Como el propio gobierno estadounidense ha reconocido, para llevar a cabo acciones más firmes, incluso reducidas a las sanciones económicas, hace falta un consenso con Europa. Pero al igual que sucede con los prorrusos de Crimea, no se sabe qué quiere decir eso en términos de liderazgo. ¿Quién manda en la Unión?

► **Por más que la responsable** de la diplomacia europea, Catherine Ashton, acompañase al secretario de Estado John Kerry en la conferencia de prensa que dio cuenta de los acuerdos de Ginebra, Europa es en términos diplomáticos, jurídicos, políticos y económicos un galimatías. Polonia y Suecia reclaman mano dura contra Rusia; Hungría Rumanía y Bulgaria no se aclaran y Alemania silba mirando hacia otro lado. Quien quiera convertir la guerra blanda en un chiste puede preguntarse a quién le importa lo que pueda pensar sobre las sanciones España.